

JUSTICIA REAL

“... si algunt físico diese tan fuerte melecina ó la que non debia á algunt home ó á alguna muger que toviere en guarda por que muriese el enfermo: ó algunt cirurgiano fendiese algunt llago, ol aserrase en la cabeza ol quemase nervios ó huesos de manera que muriese por ende..., debe ser desterrado en alguna isla por cinco años... Pero si alguno de los físicos ó de los cirurgianos á sabiendas maliciosamente ficiese alguno de los yerros sobredichos, debe morir por ende...”.

(Código de las Siete Partidas. Séptima Partida. Título VIII, Ley VI. Alfonso X El Sabio).

Amadísimo soberano:

Siempre he servido a vuestra causa que, desde el feliz día en que os juré fidelidad de vasallo siendo vos un niño, ha sido la mía.

Nunca os han faltado mis brazos ni mis huestes ni cualquier otra cosa que hiciese menester en las muchas campañas que hemos emprendido y ganado juntos.

Lo que soy y lo que tengo sólo proviene de vuestras manos y de las de Nuestro Señor, pues los dos habéis sido generosos conmigo y de nada tengo queja.

Como envejezco con demasiada rapidez, porque los últimos años son los más veloces, y un monarca siempre anda apurado para resolver importantes asuntos, os cuento sin más dilaciones el

objeto de mi desconsuelo, confiando obtener la gracia de vuestra justicia real para castigar a los culpables.

Engendré seis hijos, varones y sanos, al menos hasta los dos años, en los que las pestes se me llevaron a tres. Luego las viruelas impidieron que uno cumpliera los siete; y la Muerte, no contenta con el par que quedaba, me arrebató a otro de una mala herida de caza.

A pesar de la tristeza por los que se fueron, mi corazón de viejo se iluminaba con el único superviviente. Mi Andrés tenía veinte primaveras, y salud, para triplicarlas.

Fue por San Blas cuando, tras una cabalgada inocente por las lindes de nuestra hacienda, volvió a casa sin color, falto de respiración y ardiéndole la frente.

Prestamente su madre le hizo acostar y dio aviso al médico. Mas no llegaba el galeno (lo encontraron dos jornadas después, sospechosamente fallecido en lo más profundo de un pozo negro), y la pujanza de mi heredero iba en menoscabo.

Entonces apareció nuestro vecino y también marqués, que se ofreció gentilmente a socorrernos con sus físicos, de los que alardeó gran amistad y conocimientos, presentándonoslos con grandes títulos y honores.

¡Sanguijueleros, majestad, sanguijueleros!. Esos hechiceros de discernimientos extraordinarios, basaban su ciencia en las malditas bestias resbaladizas que le colocaban sin descanso. Y mi criatura lejos de aliviarse iba empeorando.

Hinchado, sin voz para quejarse, con la mirada perdida y abrasada la cabeza, por San Román empezó a delirar...

Aquellos asesinos discutían entre ellos. Unos insistían en que el éxito de la ventosa estaba en los pulsos. Otros que si en sus partes más blandas. Ora en la garganta..., luego en el ano... No hubo

sitio que no le chuparan las sanguijuelas, que reponían sin tregua a medida que las iban cebando, ¡a reventar estaban las servidoras del Diablo!. Mi hijo perdía el ánimo y yo la compostura, a patadas los eché de sus aposentos y si no es por mi dueña, allí mismo los hubiera matado.

Volvió a presentarse el marqués con dos cirujanos que había hecho venir de Portugal. Sus modales abatidos y la afectación que demostraba, impidieron que descubriese la doblez de su interés. Les dejé entrar en casa. Y esa fue mi ruina, pues con navajas, cuchillos y otras lanzas afiladas, sangraron al doncel hasta que sólo quedaron la camisa y su alma.

Ya de madrugada mi esposa trajo a la cabecera de su cama a un joven médico judío que encontró en una feria. El único decente y sabio que he conocido. Éste, mirándolo con atención me dijo:

-Señor, no gaste más en sajar ni tampoco en emplastos. El dispendio que le incumbe no es otro que el del enterramiento.

Andrés dejó de respirar cuando aún no había cantado el gallo.

Por el sefardí supe que todas las artes que usaron con mi vástago surgían del dolo y la estafa. La única voluntad maliciosa que dirigía sus manos, no era otra que la de adelantarle la muerte. Incluso su primer gemido no fue fortuito, pues el olor del veneno ponzoñoso quedó disfrazado en una copa de vino que nuestro vecino le ofreció aquella aciaga mañana que salió de paseo.

En el siguiente pliego relaciono los nombres de los clínicos traidores y del noble, aunque de ese título no haga honradez. Basándome en lo que vuestra autoridad escribió y mandó como Ley, demostrando la sabiduría con que le apodan, amparo mi súplica y sed de justicia.

Sabed, para que podáis valorar el terrible alcance de la felonía, que mi llanto es más amargo porque, en mi ancianidad, veo el aprieto de perpetuar el apellido o perder la heredad que gané con no pocos esfuerzos y muchas batallas.

A pesar de que mi esposa es lozana y aún menstrúa, yo tiemblo mucho de piernas, y eso en la tarea de procrear no ayuda.

Para medrar en el intento, el hebreo erudito del que os he hablado, prepara unos cocimientos con vino blanco, amapola y ajeno que me trae todas las noches al lecho con diligencia y esmero.

Me ha jurado que las fuerzas que no tengo despierto las cogeré durmiendo, y que si en el ocaso bebo su caldo, en sueños, conseguiré fecundar a mi esposa.

Puede que no lo recuerde pero la semilla se queda en el meollo, que es lo que cuenta, y encima no me canso. Debe tener razón ese docto israelita porque la señora está contenta; canta, ríe y hasta se sonroja por nada. Pienso para mis adentros que es señal de que la natura está en el empeño, y es que el misterio de las féminas alberga esa envoltura alegre del alma que delata lo próxima que está en concebir.

Mientras llega ese feliz momento, que espero con la misma dicha que vuestra justicia real, Dios nos proteja a todos, y a su majestad, el primero.